

ministro de Francia, afectó no tener más influjo con la corte ni con el rey, y aparentó que se veía obligada, como esposa sumisa y tierna madre, á seguir la política del gabinete napolitano. Murat, de vuelta en sus Estados, halló la corte unida para conducirlo por la deplorable senda donde en vez de un trono iba á encontrar para su memoria una mancha, para su persona un fin cruel. Este príncipe, nacido con sentimientos buenos y generosos, dotado de algún talento y de una heroica bizarría, no tuvo bastante conocimiento para discernir que si con la Francia corría el doble peligro de ser abandonado por la victoria y por Napoleón, con los aliados tenía la certeza de que después de haber sido acariciado mientras se tenía necesidad de él, sería sacrificado á las antiguas monarquías italianas, quedando así destronado y deshonorado. No teniendo bastante talento para vislumbrar el porvenir, ni bastante firmeza de principios para preferir el honor al interés, debía fluctuar algunos días entre mil contrarios sentimientos para concluir en una deplorable defección.

Apenas de regreso en sus Estados y hallando á la reina convertida á su opinión, entró en negociaciones con la legación austriaca, y no habló más que de las ventajas que debían acordarle. Pasando de repente por su extremada volubilidad de carácter de la desesperación á una especie de embriaguez de ambición, se entregaba en aquel momento á los sueños más extraños, lisonjeándose de que sería muy pronto el rey y el héroe de la nación italiana. Al atravesar la Italia había llamado su atención una disposición bastante general en los italianos, cual era el hacerse independientes, tanto del Austria como de la Francia. Sin duda alguna los nobles, los sacerdotes y aun el pueblo deseaban volverse al Austria, porque para los unos esto era volver á su antiguo estado, y para los otros significaba la exención del servicio.

La clase media al contrario, celosa de su independencia, decía que bueno era librarse de la Francia, pero no cayendo en manos del Austria; que no había ninguna razón para pasar siempre de una á otra, y ser así el juguete y la víctima de amos extranjeros; que al Austria debía bastarle el no ver ya á la Italia en manos de la Francia, como á ésta el no verla entre las del Austria; que tanto para la una como para la otra la independencia de la Península era un término medio aceptable y, en el fondo, más ventajoso que la posesión directa, pues la Italia, sometida á una de las dos potencias, sería para aquella que no la poseyese un peligro medio de ataque, y para la que la poseyera un súbdito siempre rebelde y pronto á convertirse en un enemigo furioso. Estas ideas habían penetrado en la parte activa é instruída de la clase media. Murat colocado en el fondo de la Península á igual distancia de los franceses y de los austriacos, teniendo interés en salvarse sin ser traidor á Napoleón, capaz con sus talentos y gloria militar de crear un ejército italiano, Murat pareció al partido de la independencia como el más propio para ser su héroe. Con efecto, Murat podía decir á los austriacos: «Yo no soy la Francia»; y á la Francia: «Yo no soy el Austria». En suma, podía decir á todos: «Aceptadme como lo menos hostil para vosotros y también como lo más ventajoso, si sabéis comprender vuestros verdaderos intereses».

Los partidarios de la independencia rodearon, pues, á Murat, y le prodigaron promesas y lisonjas, y él, que en ese estado de fermentación de ánimos pensaba en todo y estaba pronto á todo, los aceptó por sus agentes. Éstos en Florencia, Bolonia y Roma le apellidaban el salvador de Italia, y cantaban en prosa y en verso su misión providencial.

Los austriacos naturalmente eran contrarios á tales ideas, pero no las combatían abiertamente, y dejaban esperar á Murat, bajo pretexto de indemnizarle de la Sicilia un engrandecimiento respetable en la Italia central. Murat en el ímpetu de su ambición, sin poner ya freno á sus deseos, pensó que con Napoleón encontraría más ventajas que con los austriacos para su nuevo reino de Italia; y hecho por estas circunstancias más voluble aún que de costumbre, cesando de ver el peligro en la alianza francesa, y alimentando la esperanza de ver á todos los italianos levantarse en masa si les prometía su independencia y unidad, haciéndose él su representante, llevaría al príncipe Eugenio, no solamente el socorro de las armas napolitanas, sino el de cien mil italianos llegados á su voz; que entonces él se salvaría engrandeciéndose y honrándose; reuniendo, en fin, todas las ventajas á la vez, y sobre todo la de conservar, si estaba aliado con la Francia, á los oficiales franceses, que figuraban en crecido número en su ejército y constituían su principal fuerza.

Tal era el cúmulo de ideas que hervía en la cabeza de ese desgraciado príncipe. Conducido por el desaliento al pensamiento de abandonar á la Francia y de unirse con el Austria, arrastrado de este pensamiento á la ambición de ser el salvador y el rey de Italia, y luego de ambición en ambición, volviendo otra vez á la Francia, con la esperanza de hallar más favor para sus nuevos proyectos, no había sueño, defección ni alianza que no formara y á la cual no estuviera dispuesto. ¡Triste tormento el de la ambición desesperada; triste tormento que en París agitaba el alma de Napoleón á pesar de su grandeza, y que en Nápoles por el contrario en un alma buena pero débil, sin otra cosa que el valor del soldado, creaba miserables tempestades y no era más que una aflictiva variedad de un mal que Napoleón había comunicado á casi todos sus servidores! Con efecto, después de haberse elevado él al trono, había hecho reyes, príncipes y grandes duques, ó lisonjeado con las esperanzas de serlo, á sus hermanos, sus tenientes, José, Luis, Jerónimo, Murat, Bernadotte, Berthier y tantos otros que tocaron tan de cerca el poder supremo: y si en aquel momento se hallaban dispuestos á hacerle traición ó al menos á servirle débilmente, la culpa la tenía él por haber substituído en sus almas al noble amor de la grandeza nacional la mezquina pasión de la grandeza de sus personas.

Por entonces llegó á Nápoles un personaje cuya presencia tenía que aumentar en extremo la turbación de Murat, y era el duque de Otranto, Mr. Fouché, enviado por Napoleón con la mayor premura. Napoleón, al separarse de Murat en Erfurt, recibió de él testimonios que si le enternecieron no le engañaron. Napoleón, cuando se trataba de penetrar en el interior de las almas humanas, tenía una especie de perspicacia diabólica á la cual nada se substraía: viendo crecer el peligro, conoció que Murat y también su hermana necesitarían

ser afianzados en su fidelidad, y que sería preciso oponer poderosas influencias á las dañosas sugestiones de la coalición. Por eso pensó en mandarles á Mr. Fouché, quien después de la entrada de los austriacos en la Iliria se había quedado no como un rey, pero sí como procónsul sin Estados habitando ocioso en Verona. Juzgó que era el hombre más á propósito para confidente de Murat, á consecuencia de las intrigas que juntos habían combinado en 1809. En esa época Murat y el duque de Otranto, temiendo los resultados de la guerra de Austria, habían procurado entenderse sobre lo que se debería hacer en Francia del poder en el caso en que pereciera Napoleón. Murat en aquellas circunstancias debió tener en Mr. Fouché tanta confianza como monsieur Fouché en Murat, y era de presumir que la misma confianza se restableciera en otra ocasión no menos crítica: Mr. Fouché recibió, pues, la orden de marchar á Nápoles, y llegó en el instante en que Murat estaba más expuesto á los manejos de los austriacos.

Aunque se pudiera hacer á Mr. Fouché la confesión de una infidelidad sin irritarle, y aunque fuera capaz de comprender lo que pasaba entonces en el alma del rey de Nápoles, éste en su interior no hubo de celebrar su llegada: se quejó mucho de Napoleón, habló largamente de los servicios que le había hecho y de los malos tratamientos que había recibido en varias ocasiones, sobre todo después de la retirada de Rusia, y de la disposición de Napoleón á sacrificarle si la paz de la Francia con la Europa dependiera de este sacrificio. En suma se quejó como se acostumbra cuando se buscan pretextos para romper; y no se franqueó completamente con Mr. Fouché á quien juzgaba en la situación presente demasiado ligado con la Francia.

Sin embargo, dejó comprender que volviera á Napoleón si éste le trataba mejor, como si después de haberle dado á su hermana y un trono, Napoleón le debiera algo más. El resultado fué que Mr. Fouché no ejerció en Nápoles grande influencia, pues la voz del deber no podía hacerse oír por su boca, y en cuanto á la política, Murat no se hallaba en estado de comprenderla. Monsieur Fouché le dijo que, habiéndose engrandecido con Napoleón, estaba condenado fatalmente á salvarse ó á perecer con él; pero Murat incomodado le respondió que para un revolucionario regicida como Mr. Fouché eso estaba bien, mas no para él, soldado glorioso que lo debía todo á su espada.

En resumen, por inútil que fuese la presencia de Mr. Fouché, contribuyó sin embargo á la resolución que tomó Murat de tratar de entenderse con Napoleón, haciéndose, de acuerdo con él, rey de la Italia independiente y unida. Si Napoleón le escuchaba, sus votos se realizarían; si no, tendría un pretexto para romper. Bajo este concepto le propuso dividir la Italia en dos partes dando al príncipe Eugenio todo lo que estaba á la izquierda del Po y á él lo que se hallaba á la derecha, es decir, las tres cuartas partes de la Península; y que le permitiera en seguida proclamar la independencia italiana, por todo lo cual prometía él á su vez llegar sobre el Adige no solamente con treinta mil napolitanos, sino con cien mil italianos. Le suplicó que contestara inmediatamente, pues las circunstancias eran apremiantes y no podía perderse un momento.

Sin sorprender á Napoleón, que lo esperaba todo por

parte de los hombres á quienes había elevado á la cumbre de las grandezas humanas, la proposición de Murat le indignó y debía indignarle. Si Murat hubiese tenido un talento político bastante grande para comprender la idea moral de la regeneración de Italia, en rigor se habría podido atribuir esta proposición á un impulso generoso, pero sin duda alguna no era más que un pretexto para encubrir una loca ambición, ó quizá una defección inminente. Pedir á Napoleón por premio de sus beneficios el patrimonio de la Iglesia de que ya él no disponía, la Toscana que era el patrimonio de una hermana, el Piamonte una provincia francesa, y las legaciones que formaban parte de los Estados del príncipe Eugenio, era pedirle que despojara á la Francia ó á su familia, y sobre todo que se desprendiera de cosas preciosas que en las próximas negociaciones le podrían servir para concluir una paz honrosa, dándolas en compensación de las legítimas conquistas de la Francia por la parte de los Alpes y el Rhin. Esto era poner un puñal en el pecho de un cuñado próximo á caer, para arrancar un bien que debía dejar á su familia ó sacrificar en provecho de su propia conservación. Además, jamás la Europa hubiera aceptado semejante reparto de la Italia, y lo que Murat hubiera debido hacer si hubiese tenido talento, habría sido reunirse al príncipe Eugenio y defender ardentemente á la Italia con él, conservando á la Francia esas prendas de paz y asegurando así á entrambos un establecimiento que sólo podía ser durable mientras la dinastía imperial se sostuviera entre los Alpes y el Rhin.

El príncipe Eugenio que dió tan noble ejemplo de fidelidad cuando su suegro le ofreció un medio y una excusa para transigir con la coalición, hubiera debido inspirar á Murat un poco más de prudencia y gratitud. Napoleón vió todas las injusticias de su cuñado con terrible amargura. Castigar á ese pariente infiel le pareció una de las más grandes victorias si le era dado alcanzarla. Mr. de la Bernadiere, que estaba á la cabeza de los negocios extranjeros en ausencia de Mr. de Caulaincourt, que acababa de partir para el futuro congreso de Manheim, procuró en vano calmarle y hacerle comprender que, aunque culpable, Murat en las circunstancias presentes era acreedor á ciertas consideraciones. «Ese hombre, exclamó, es á la vez culpable y loco; me hará perder la Italia, quizá más aún, y se pierde él también. Ya veréis cómo un día se verá precisado á pedirme un asilo (¡extraña y terrible profecía!), pero cuento vivir lo bastante para castigar su monstruosa ingratitud.» A pesar de las instancias de Mr. de la Bernadiere, Napoleón no quiso acordar ninguna de las proposiciones que le hacía, y todo lo que se pudo conseguir de él fué que contestase á Murat con el silencio. Prometer algo de lo que se le pedía, consintiendo así en despojar á los suyos, á la Francia, en provecho de un insensato, fulminar contra él respondiéndole con la condena moral que merecía, habría sido una debilidad ó una imprudencia, y Napoleón escogió el término medio de callarse. Permitted que toda la familia imperial escribiera á Murat para demostrarle á un tiempo su imprevisión y su ingratitud; y por su parte, multiplicando las órdenes para reforzar el ejército de Italia, recomendó al príncipe Eugenio que estuviera alerta y prescribió á su hermana en Toscana y al general Miollis en Roma que cerraran todas las for-



talezas á las tropas napolitanas si Murat invadía la Italia central bajo pretexto de sostener la causa de los franceses. Murat efectivamente no había aún arrojado la máscara, y anunciaba siempre que iba á llevar socorros al ejército francés del Adige.

Tales eran las numerosas ocupaciones y las angustias crueles con que Napoleón pasó el fin de noviembre y principios de diciembre. Por lo demás, si de tiempo en tiempo rugía como un león que recibe de lejos los tiros de los cazadores que aún no se atreven á acercarse á él, no dejaba traslucir ni desaliento ni desesperación. Lisonjébase de tener aún cuatro meses para prepararse, es decir, para plantar trescientos mil hombres entre París y el Rhin, juntando además una parte de las antiguas bandas de España, y con todas estas fuerzas reunidas acabar con la coalición ó, si sucumbía él, destrozarla en su caída. Alternativamente recobrando ánimo ó imaginando venganzas, se le veía pasearse activo, animado, con la mirada ardiente, en presencia de su familia alarmada, de sus ministros afligidos ó de su mujer anegada en llanto; se le veía tomar á su hijo en sus brazos, cubrirle de caricias, devolverlo luego á la emperatriz, y como si hubiese hallado nuevas fuerzas en los sentimientos de la paternidad, se le veía entonces redoblar el paso profiriendo palabras como estas: «Esperad..., esperad...; veréis dentro de poco que mis soldados y yo no hemos olvidado nuestro oficio... Nos han vencido entre el Elba y el Rhin, vencido por traición...; pero entre el Rhin y París no habrá traiciones, y veréis otra vez á los soldados y al general de Italia. Los que se hubiesen atrevido á violar nuestra frontera se arrepentirán muy pronto de haberla atravesado!» Por lo demás quedaba aún el recurso de las negociaciones, y Napoleón se resignaba al fin á los límites naturales de la Francia y á las condiciones que hemos indicado. Desgraciadamente el tiempo en que estaban dispuestos á concedernos los límites naturales había pasado como un relámpago, así como pasó en Praga el momento en que la Francia había podido conservar su grandeza de 1810. Como la contestación equívoca á las proposiciones de Mr. de Metternich hubiera motivado por su parte una interpelación formal sobre la aceptación ó no de las bases llamadas de Francfort, y como la contestación á la interpelación no partiera hasta el 2 de diciembre y no se comunicara hasta el 5, hubo de perderse un mes y en ese mes cambió todo. Los aliados conocieron el valor de sus fuerzas, y de una moderación pasajera pasaron á un desbordamiento de pasiones. Por todas partes, en efecto, la contrarrevolución europea comenzaba á soplar como una borrasca.

Era Mr. de Metternich, apoyado en militares cansados de tan larga guerra y asustados con los nuevos azares á que se iban á exponer por el otro lado del Rhin, quien había vencido el orgullo de Alejandro, el furor de los prusianos y la obstinación de los ingleses, y había decidido á los confederados reunidos en Francfort á hacer las proposiciones llevadas á París por Mr. de Saint-Aignan. Pero estas proposiciones, apenas conocidas fuera del círculo de los soberanos y diplomáticos, no podían menos de suscitar una desaprobación general. La camarilla de Alejandro, compuesta de emigrados alemanes, el estado mayor de Blücher, formado con los clubistas del Tugend-Bund, y por último, los agentes

ingleses que seguían al cuartel general por diversos motivos, no querían lo que se había propuesto, sino que pedían una guerra de exterminio contra la Francia y Napoleón, contra la Francia para encerrarla en sus fronteras de 1790 y contra Napoleón para destronarle y restablecer á los Borbones, no solamente por la insignificancia de estos príncipes, sino por el principio que representaban.

Conceder á Napoleón una tregua que él aprovecharía para rehacer sus fuerzas, y tratar de restablecer después su dominación, era á sus ojos la conducta más impolítica; dejar en pie en Italia, en Alemania ó en otro punto los numerosos establecimientos fundados por Napoleón, dejar existentes príncipes nuevos como él ó príncipes antiguos que se hicieron sus cómplices, les parecía una debilidad, una imprevisión y una renuncia á la victoria en el momento en que podían alcanzarla de una manera completa y brillante. Según ellos no debía dejarse en Italia ni al príncipe Eugenio ni á Murat, á pesar de los pasajeros servicios que se esperaban obtener de este último, ni á ningún miembro de la familia de Bonaparte. Se debía restablecer á los Borbones en Nápoles, al papa en Roma, á los archiduques de Austria en Florencia y Módena, á la casa de Saboya en Turín y á los austriacos en Milán y Venecia. En Alemania se debía no solamente destruir la confederación del Rhin, obra de Napoleón, sino castigar á sus aliados de Baviera y Wurtemberg, quienes á pesar de todas las promesas habían de ser desposeídos sin compensación de todo lo que debían á la Francia. Más aún: algunos de ellos merecían un castigo ejemplar, sobre todo el rey de Sajonia á quien era preciso destronar y reemplazar por el duque de Sajonia-Weimar, reconstituyendo por este medio en sentido contrario la obra de Carlos V. Tampoco debía tratarse mejor al rey de Dinamarca que se obstinaba en contrariar los designios de los aliados, negando la No ruega á Bernadotte. En cuanto al rey de Westfalia Jerónimo Bonaparte, su caída era un hecho consumado sobre el cual no había nada que decir. No era preciso, pues, detenerse en la orilla derecha del Rhin, sino que debía pasarse á la izquierda, recobrar los antiguos electorados eclesiásticos, Tréveris, Maguncia, Colonia y por fin los Países-Bajos, austriacos por sí mismos, independientemente de la Holanda que nadie podía pensar en dejar á la Francia. Con estos territorios conquistados en las dos márgenes del Rhin se constituiría un vasto reino á la Prusia para hacerla más poderosa aún que en tiempo de Federico el Grande; se restablecerían los Estados de los príncipes desposeídos por Napoleón, que eran los príncipes de Hesse, de Orange, de Brunswick y de Hannover; en suma, se colmaría de bienes á los amigos, y se formaría con ellos una confederación germánica más fuerte que la antigua y más unida sobre todo contra la Francia, dirigida, no por el emperador de Austria, á quien se tenía por demasiado moderado para hacerle de nuevo emperador de Alemania, sino por una dieta animada de las más violentas pasiones antifrancesas que se pudieran concebir. Tales eran las miras de los espíritus ardientes, ya de los jefes, ya de los agentes secundarios que rodeaban á la numerosa corte ambulante de los monarcas aliados.

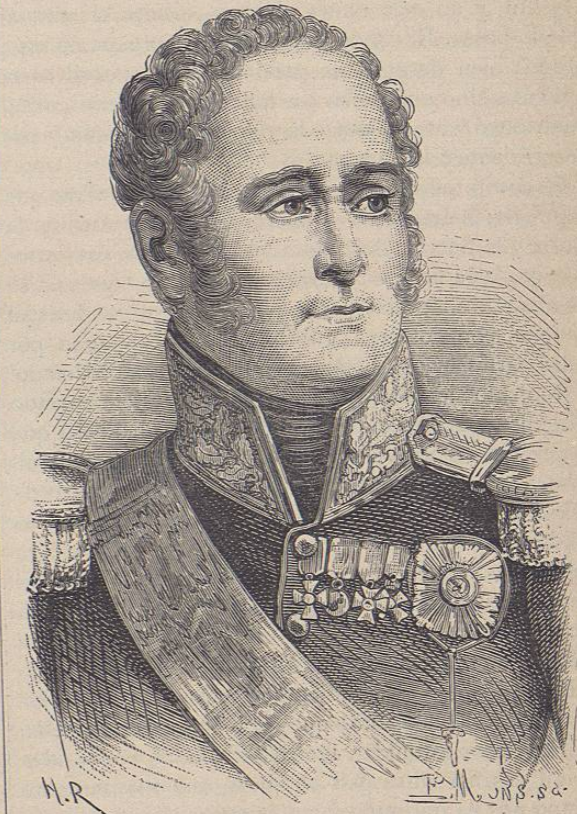
Sin embargo, los ingleses, moderados un poco por la influencia del Parlamento que no cesaba de echar en

cara á los ministros su odio ciego á la Francia y representados en Francfort por uno de sus principales talentos, lord Aberdeen, se habrían opuesto á tales conmociones si entre ellas no hubiera habido alguna que satisficiera sus deseos, cual era la de quitar á la Francia los Países-Bajos, es decir, Amberes y Flesinga; mas apenas se atrevían á esperar semejante resultado y no llevaban sus pretensiones más allá de sus esperanzas. Sus agentes inferiores, menos comedidos, eran los que se atrevían á hablar como los prusianos, que eran los principales provocadores de esas resoluciones extremadas. ¡Cosa singular! Los prusianos, que tenían en su corazón todos los sentimientos de la revolución francesa, eran, por odio á Francia, los más ardientes promovedores de esa especie de contrarrevolución europea. Partidarios de la libertad hasta el punto de asustar á sus príncipes, querían por espíritu de venganza no dejar en Europa rastro alguno de todo cuanto había hecho la revolución francesa. No les bastaba dominar á su rey, sino que arrastraban al emperador Alejandro, halagándole con la calificación de rey de los reyes, de jefe supremo de la coalición, atribuyéndole las grandes resoluciones de aquella guerra y prometiéndole llevarle hasta París, lo que exaltaba la vanidad de este príncipe hasta el delirio. Alejandro, amable por naturaleza y por cálculo, unía á su amabilidad natural un cuidado continuo para lisonjear todas las pasiones; quería seducir á los prusianos ponderando su valor y patriotismo cuando estuvieron con él contra los austriacos que tantos celos le inspiraban; intentaba lo mismo con estos últimos diciendo que á ellos se debió en Praga la salvación de la Europa, y por último no se olvidaba de los ingleses á quienes llamaba el modelo de la perseverancia, los primeros autores de la resistencia á Napoleón y los primeros vencedores de ese conquistador considerado como invencible. Hablando así, en tanto que en Francfort fingía apoyar las resoluciones moderadas, soltaba en secreto las riendas á los espíritus ardientes y los dejaba marchar en libertad para ganárselos. Por estos medios consiguió sostener á la coalición, que sin su saber se habría visto amenazada de desunión, adquiriendo al mismo tiempo una preponderante autoridad.

Tenía cerca de sí y adicto á su persona por el asilo que le había dado en su corte, al famoso conde de Stein, ese prusiano que se vió obligado á buscar un refugio en Rusia contra la cólera de Napoleón, y que después había adquirido mucha influencia sobre Alejandro y la coalición. Habíanle puesto á la cabeza del comité que dirigía los negocios alemanes y administraba en provecho de los aliados los territorios reconquistados á la Francia, cuya restitución á sus antiguos poseedores no estaba consumada ni decidida aún. Estos eran los de Sajonia, Hesse, Westfalia, Brunswick, Hannover, Berg y Erfurt. En cuanto á los confederados del Rhin, aliados que nos habían vendido, el comité, sin tener en cuenta su defección, les impuso en hombres y dinero el doble de aquello que habían suministrado á la Francia. Se sometió á un contingente de ciento cuarenta y cinco mil hombres y á un subsidio de ochenta y cuatro millones de florines (que se entregó á la Prusia, á la Rusia y á la Austria, en obligaciones con interés) á los Estados siguientes: Hannover, Sajonia, Hesse Cassel, Berg, Wurtemberg, Baden y Baviera. El comité de los negocios

alemanes era así una especie de comité revolucionario, que obrando en nombre del bien público, no ponía ningún freno á sus voluntades. Bajo el pretexto de entregar la dirección de los negocios á los alemanes á quienes concernía, Alejandro se la entregaba á ellos con la condición de que estuviesen con él en el caso en que los necesitara.

Un personaje singular, un corso, por origen y por superioridad de talento, extraño á todas las pasiones excepto á la suya que era el odio, el célebre conde Pozzo di Borgo, se había refugiado cerca de Alejandro sobre



Alejandro I de Rusia

el que empezada á tomar un ascendiente notable. ¿Cuál era el objeto de ese odio que embecía toda su alma? Era el hombre prodigioso salido como él de la isla de Córcega, cuya gloria al deslumbrar al mundo había llenado de hiel su corazón envidioso. Singular era la arrogancia de tener celos de un genio como Napoleón, pues sólo al gran Federico, á César, á Anibal y Alejandro, si es que sus corazones sintieran todavía los cuidados de la gloria mortal, sólo á estos hombres extraordinarios les tocaría estar celosos de Napoleón. ¿Pero cómo un personaje oscuro, desconocido hasta entonces, sin espada ni elocuencia, que sólo había intervenido en las pequeñeces de su isla, había podido permitirse tener celos del vencedor de Rivoli, de las Pirámides y de Austerlitz? Así fué sin embargo, porque para animarse las pasiones no esperan el permiso de Dios ni el de los hombres, sino que se encienden como esos fuegos que consumen los pueblos ó los campos sin que la causa pueda descubrirse. Cuando un hombre superior sale de su país, deja en él amigos leales ó envidiosos implacables. El conde Pozzo era de estos últi-



mos con respecto á Napoleón, y preciso es confesar que en esta ocasión el celoso no era indigno de aquel que inspiraba los celos. Con efecto, Dios le había concedido esa clase de genio, tan admirable como el de las batallas, el de la elocuencia, ó el de las artes, el genio político, es decir, esa sagacidad que distingue los acontecimientos humanos en sus causas, su encadenamiento y sus consecuencias, que descubre cómo se debe huir ó mezclarse en ellos, genio raro que las almas grandes aplican á su país, y las mezquinas en provecho propio que pierde en grandeza lo que gana en egoísmo, pero que se conserva como uno de los dones más preciosos del espíritu, y no deja nunca olvidado, ocioso ó inútil al que lo posee. El conde Pozzo fué una prueba de esto, prueba bien desgraciada para nosotros, pues él hasta entonces sin nombradía, sin influencia, casi sin patria, contribuyó eficazmente á la ruina de Napoleón y por consiguiente á la nuestra.

Recorrió todos los países para dañar al hombre que aborrecía; la Inglaterra primero, después el Austria, la Rusia y la Suecia, dejando alternativamente las cortes más unidas á la Francia, para marchar á las que más se alejaban de ella; volviéndose á las primeras cuando éstas rompían con nosotros, y difundiendo, inspirando por todas partes la exaltación de que se hallaba animado.

Ocupado siempre y en todo, unas veces era enviado á Londres para arrancar á la Inglaterra el dinero que se necesitaba, otras cerca de Bernadotte, á quien dominaba y despreciaba para llevarle al campo de batalla de Leipsick. Colocado á la sazón cerca de Alejandro, en calidad de ayudante de campo, ejercía, gracias á su acento italiano, su gesticulación viva y su mirada ardiente, una preponderancia justificada por una perspicacia y un acierto en sus juicios sin igual. Este hombre había dicho á Alejandro las más tristes verdades sobre la Francia, como si la hubiera recorrido toda, y no obstante hacía muchos años que no había estado en ella. «No os dejéis intimidar, le decía sin cesar, por la idea de ir á desafiar en su país al coloso que durante tanto tiempo nos ha oprimido á todos; está hecho lo más difícil, que era trasladarse de las orillas del Vístula á las del Rhin; de Francfort á París la distancia es de un paso, y las dificultades son menores que la distancia. Las fuerzas de la Francia se han agotado exteriormente, y no queda ya nada para el interior; además el país está descontento y rebelado contra el yugo que sufre. Marchad, pues, sin tardanza, no dejéis respirar al gigante, id á esas Tullerías donde ha hecho su guarida, y la Francia extenuada os le abandonará sin resistencia. Os sorprenderéis de la facilidad de esa empresa, pero es preciso llegar á París. Así que vuestra espada haya roto la cadena que oprime la Francia, ésta os entregará su opresor y el vuestro.»

Estas verdades temibles, constantemente impresas en el claro talento del conde Pozzo, le valieron una influencia decisiva en el año fatal de 1814. Alejandro se complacía escuchándole, porque sentía que á estas palabras se exaltaban todas sus pasiones, y después de oírle, se substraía á la moderación de Mr. de Metternich; quería, como los prusianos, pasar adelante, atravesar el Rhin y emprender contra Napoleón una última y suprema lucha.

Cuando fueron conocidas las proposiciones de Franc-

fort por los principales agentes de la coalición se produjo entre ellos una agitación suma y todos las desaprobaron. Detenerse era para ellos una calamitosa debilidad, pues así se daba tiempo al enemigo común para rehacer sus fuerzas. Concederle la Francia, con el Rhin, los Alpes y los Pirineos, era asegurarle los medios de que nunca dejara en paz á la Europa. Era preciso quitarle no sólo el Rhin y los Alpes, sino también la Francia, y no admitir para gobernar al pueblo francés otros jefes que los Borbones. Además era preciso restablecer en Europa á las familias injustamente despojadas, restablecer el imperio del derecho, en una palabra, reconstituir la antigua Europa. Para conseguir esto no había que dar más que un paso, pero era preciso darlo en el acto, sin respirar un momento, sin descansar un día.

Desgraciadamente las cartas escritas de Francia, los informes de los agentes secretos, las noticias dadas por amigos de la casa de Borbón, confirmaban estos dichos y descubrían de hora en hora el verdadero estado de las cosas, durante aquel mismo mes de noviembre que Napoleón perdió en negociaciones equívocas en vez de emplearlo en mandar respuestas positivas que ligasen á los autores de las proposiciones de Francfort. Un acontecimiento de gravedad y sin embargo fácil de prever, vino á despejar más y más esta situación colocando en el partido exaltado á la misma Inglaterra, que se había presentado con menos violencia que otras veces. Este acontecimiento tenía lugar en Holanda.

La Holanda se había sometido á Napoleón en 1810 cuando decretó la reunión de esta comarca á la Francia, primero porque en esa época Napoleón era invencible, y después porque distintos intereses encontraron en esa reunión ventajas momentáneas. Los revolucionarios holandeses, los católicos y los comerciantes se habían resignado á esta revolución, porque para los unos era la exclusión de la casa de Orange, para los otros el decaimiento del protestantismo, y para los últimos la reunión comercial con el más vasto imperio del mundo. Quizá, con mejor política y la paz, esos intereses habrían encontrado al fin bajo el cetro imperial una satisfacción que hubiese hecho callar los sentimientos de independencia nacional; pero no fué así.

El tesorero Lebrún continuaba, como el rey Luis, prefiriendo los orangistas, que eran nobles y ricos, á los patriotas, que no lo eran. La contienda con el papa enajenó á los católicos en Holanda, lo mismo que en Francia. La guerra marítima redujo al comercio á la mayor miseria, miseria que alcanzó á todas las clases, sobre todo á las más pobres. En tiempo del rey Luis, el contrabando tolerado había aliviado algún tanto los males de la guerra, pero después de la reunión los carabineros franceses quitaron al comercio holandés ese beneficio y el mal llegó á su colmo. Las levas marítimas y la quinta introducida en el país añadieron nuevos males al desastre universal, y desde entonces el sentimiento nacional se despertó con violencia. Cuando en 1813 Hamburgo y las provincias anseáticas sacudieron el yugo imperial, la conmoción se extendió hacia la Holanda y fué preciso emplear el rigor para contener sus efectos. Se condenó á presidio ó á muerte á cierto número de infelices y fueron ejecutados seis en Saardam, cuatro en Leyde, uno en la Haya y dos en Rotterdam. Estas medidas aumentaron la irritación en vez de calmarla, pero

la batalla de Leipsick la devolvió toda su fuerza. El tesorero Lebrún, opuesto á las medidas de rigor, había buscado los medios de conciliarlas, pero á pesar de su buena voluntad no consiguió nada. El general Molitor, jefe de las tropas, se había hecho respetar como un militar rígido y probo, que no abusa de la fuerza en su provecho; y sin embargo, á pesar de las contemporizaciones de los jefes civil y militar, los holandeses resolvieron deshacerse de ellos en cuanto tuvieran ocasión, sin hacerles daño, si bien se prometían degollar, si les era posible, á los carabineros y agentes de policía, que aborrecían de muerte. Mientras las cosas habían llegado á este punto muchos emisarios ingleses recorrían la Holanda por cuenta de la casa de Orange y prometían el apoyo de la Inglaterra á las poblaciones que se levantaran. Éstas respondían que á la primera aparición de una fuerza armada proclamarían á la casa de Orange, tan impopular durante largo tiempo y convertida entonces en la mejor esperanza del país. Los ingleses tenían algunos miles de hombres dispuestos al embarque, pero la entrada en todas las radas estaba defendida por baterías formidables, ó flotas ancladas. El almirante Missiessy con la escuadra de Amberes defendía las embocaduras del Escalda y del Mosa; el almirante Verhuel con la del Texel defendía la entrada del Zuiderzée; de este modo, pues, sólo por tierra se podía ayudar á los holandeses. Bernadotte, al salir de Leipsick recibió la orden de libertar las ciudades de Hamburgo, Bremen y Amsterdam, con el ejército del Norte, pero no hizo nada. Llevó todo su cuerpo de ejército hacia el Holstein, para vencer á la Dinamarca y arrancarle la cesión de la Noruega. Con esta idea y tratando de desembarazarse del mariscal Davout que apoyaba á los daneses, trató de concluir un tratado con él para la libre evacuación de Hamburgo, lo que hubiera permitido á este mariscal el volver á Holanda con cuarenta mil hombres. A esta noticia los agentes ingleses y austriacos pusieron el grito en el cielo; los primeros, porque no querían que entraran en Holanda cuarenta mil franceses; los segundos, porque el gabinete de Viena, en la época en que trabajaba para propagar el sistema de su mediación, se había unido con Dinamarca, y la había tomado bajo su protección. Unos y otros habían pedido que se quitaran á Bernadotte los ochenta mil hombres que conservaba para su uso particular; pero Alejandro, que se había unido con Bernadotte cuando concluyó con él el arreglo de la Finlandia, había templado esta irritación y se limitaron á ordenar al príncipe sueco que destacara un cuerpo prusiano y ruso hasta la Holanda, lo que fué ejecutado en los primeros días de noviembre.

Al aproximarse esa fuerza auxiliar, cesaron de disimular los holandeses. El general Molitor no tenía para contenerlos más que algunos cuadros de batallones, con una fuerza de tres mil hombres; quinientos á seiscientos gendarmes franceses, un puñado de carabineros execrados á pesar de su honradez, quinientos suizos fieles que no habían contribuido poco á irritar la población, y por último un regimiento extranjero bien organizado, pero en el cual se hallaban ochocientos rusos, seiscientos austriacos y seiscientos prusianos. Ni por el número ni por su composición eran estas tropas capaces de dominar el país. En el Texel el almirante Verhuel tenía mil quinientos españoles, que á la primera señal podrían in-

surreccionarse y obligarle á que se retirara á sus navíos.

Habiéndose presentado en el Isssel el cuerpo de Bulow, destacado por Bernadotte, el general Molitor salió de Amsterdam con todas las fuerzas disponibles y se colocó en Utrecht, para guardar la línea de Naarden á Gorcum. Esto fué la señal de la insurrección. Los orangistas, después de haber reunido una porción de pescadores, marinos y labradores entraron en Amsterdam el 15 de noviembre por la tarde, precedidos de mujeres y de niños y con la bandera de la casa de Orange. Entonces el pueblo se levantó y aquella misma noche quemaron las casillas del muelle donde se albergaban los carabineros y los agentes de la policía francesa. Sin embargo no intentaron nada contra los altos funcionarios, ni contra el tesorero, contentándose con pasear por delante de las ventanas de este último el estandarte de la rebelión. Las fuerzas del tesorero consistían en unos cincuenta gendarmes, decididos pero impotentes contra una insurrección tan general. Así es que el tesorero mandó á llamar inmediatamente á los miembros principales de la rica aristocracia comercial, en la cual se había apoyado, y encontrándola á su vez cortés pero muerta, reconoció que si por prudencia había podido someterse á un gobierno poderoso que contemporizaba con ella, se volvería á la primera ocasión con otro que correspondiera mejor á sus gustos y aristocráticas costumbres. Viendo que nada podía esperar de ella el tesorero, tomó un carruaje y se fué á Utrecht, donde se reunió con el general Molitor amenazado de frente por veinte mil rusos y prusianos, cercado por todas partes de insurrecciones de todas especies y sin más que unos cuatro mil hombres contra tantos enemigos. En breve para no hallarse cortado por la Bélgica, el general Molitor se retiró sobre el Wahal, precedido del tesorero, que no había tenido que sufrir sino algunas silbas populares. Desde entonces no hubo pueblo en Holanda que no hiciera su revolución. Leyde, la Haya, Rotterdam y Utrecht se dieron regencias casi todas orangistas, y pronto el príncipe de Orange, después de haber desembarcado en Holanda, hizo su entrada en Amsterdam, en medio de universales aclamaciones. Se hizo saber que la Holanda, sin definir aún su forma de gobierno, se ponía bajo la protección de la antigua casa que había estado á su cabeza en las más grandes crisis de su historia. No hubo apenas excesos, salvo contra algunos carabineros y recaudadores de derechos reunidos que no merecían que se les hicieran expiar las faltas de su gobierno. El pueblo de las grandes ciudades, violento y voluble de ordinario, aplaudió el restablecimiento de los príncipes de Orange como había aplaudido su caída, y los patriotas ilustrados miraron su vuelta como el fin del despotismo extranjero. Excepto los almirantes Missiessy y Verhuel, con las escuadras del Escalda y del Texel, toda la Holanda reconoció á la casa de Orange. Entonces los ingleses desembarcaron en el territorio holandés al general Graham, á la cabeza de seis mil hombres.

Todo hombre reflexivo habría podido ver aquí un pronóstico cruel con respecto á la Francia. Para los ingleses fué un rayo de luz. Aquella revolución espontánea que estallaba casi sin violencia á la primera aparición de las bayonetas llamadas liberales, y por un impulso irresistible, derribando las recientes creaciones del imperio francés, para restablecer el antiguo orden de co-